



Todos los sueños cuentan
12° Concurso sobre personas refugiadas 2020

Todos los sueños cuentan

12° Concurso sobre personas refugiadas 2020



COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHCM), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

COORDINACIÓN DE CONTENIDOS: Nancy Pérez García, Carolina Carreño Nigenda y Santiago Edrey Rodríguez Díaz.

DIRECCIÓN EDITORIAL: Domitille Delaplace.

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Karina Rosalía Flores Hernández y Karen Trejo Flores.

DISEÑO EDITORIAL: Lili Elizabeth Montealegre Díaz.

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REVISIÓN DE PLANAS: Karina Rosalía Flores Hernández.

APOYO EDITORIAL: Karen Trejo Flores y María Elena Barro Farías.

DISTRIBUCIÓN: Sonia Ruth Pérez Vega.

DIBUJO DE PORTADA: *Familia refugiada*, Alonso Zapata Lara, dibujo ganador del primer lugar en la categoría gráfica.

Agradecemos la participación comprometida y solidaria de las y los miembros del jurado del concurso: María José Alamillo Carrillo, Luna Samadhi G. Barajas, Yovanni Guerrero Trejo, Givanna Celina Kassem Mora, Regina Yareli Pérez Bravo, Luis Ángel Rivera Murillo, Sofía Victoria Rodríguez Pérez, Miguel Rubalcava Monreal y Samuel David Sierra León. Se contó con la participación especial de Bianca Mariana Alegría Gómez.

Los cuentos y dibujos contenidos en esta publicación fueron elaborados y presentados en el marco de la edición 2020 del 12° Concurso sobre personas refugiadas, Todos los sueños cuentan, organizado por la CDHCM, el ACNUR y el Conapred. Además de la participación de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, el Sistema de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes, la Coordinación General @prende y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

El contenido de los dibujos, textos y videos no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición sino que es responsabilidad de sus autoras y autores.

Primera edición, 2020

D. R. © 2020 Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México
Av. Universidad 1449, col. Pueblo Axotla, demarcación territorial Álvaro Obregón, 01030 Ciudad de México.
www.cdHCM.org.mx

D. R. © 2020, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada, demarcación territorial Miguel Hidalgo, 11520 Ciudad de México.
www.acnur.org

D. R. © 2020, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures, demarcación territorial Miguel Hidalgo, 11590 Ciudad de México.
www.conapred.org.mx

Ejemplar electrónico de distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

Presentación

Mark Manly
Nashieli Ramírez Hernández
Tania Ramírez Hernández

5

Dibujos, textos y videos ganadores, edición 2020

16

Familia refugiada

Alonso Zapata Lara

17

Cobijar con libertad

José Antonio Arguijo Ávila

18

Mi historia

William

25

México los recibe con los brazos abiertos

Itzi Alejandra Aguilera Cervantes

26

Hermano refugiado

Luis Eduardo Escobar Flores

27

Todos los sueños cuentan

Renata Isabel López Villalobos

33

Puksi'ik'al

Adrián Elohim Gómez Mex

34

Casa del migrante, Zacatecas

Leodan Adulio González Esparza

35

Ayudarlos a sentirse en casa

Carlos Ignacio de la Cruz Ricardez

42

Refugiados

Ian Tristán López Fernández
Férrnandez

43

Una piñata y dos jarritos

Dana Leticia Salas Rodríguez

44

Conociendo más lugares

César Francisco Díaz Blanco

56

El Encino

Emmanuel Iván Montiel Paredes

57

Análisis de los trabajos presentados en Todos los sueños cuentan, 12° Concurso sobre personas refugiadas 2020

71

Presentación

Mark Manly

Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México

Éste es el duodécimo año consecutivo que llevamos a cabo este concurso, en donde invitamos a niñas, niños y adolescentes a reflexionar a través de sus obras sobre los derechos humanos de las personas refugiadas. En este 2020 es importante destacar tres aspectos que para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) son de vital importancia en el desarrollo de este concurso.

En primer lugar, es notoria la gran alianza de instituciones internacionales y dependencias federales y locales que estamos trabajando juntas. De ser tres convocantes hemos pasado a ser siete: el ACNUR; la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados; el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia; el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación; la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México; el Sistema Nacional de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes; y la Coordinación General @prende, perteneciente a la Secretaría de Educación Pública. Por un lado, algunas

de las organizaciones convocantes trabajamos en pro de las personas refugiadas, mientras que otras trabajan por el derecho a la educación y a los derechos universales de niñas, niños y adolescentes.

En segundo lugar, vale la pena destacar que este año hubo una gran innovación, ya que ampliamos, con base en una consulta realizada a las propias niñas y niños, las categorías de participación. Previamente les preguntamos de qué manera querían participar, y es por eso que los trabajos de este año incluyen un componente digital (video y fotografía). Además, como nunca antes, descubrimos que son trabajos que se enfocan en las vidas de las personas refugiadas. Y esto es justamente nuestro propósito con este certamen: propiciar la reflexión de niñas, niños y adolescentes en México acerca de lo que significa dejar un hogar, un país, por motivos de violencia o guerra, y lo que implica instalarse en otro, que no es un proceso sencillo.

En tercer lugar, algo muy importante ocurrido este año es que las niñas, los niños y las y los adolescentes se posicionaron en el centro del certamen en todo momento: con el sondeo celebrado semanas antes de la convocatoria, ellas y ellos tuvieron la oportunidad de expresar cómo querían que fuera el concurso; posteriormente tuvimos sesiones de sensibilización sobre lo que es ser una persona refugiada y, finalmente, la conformación del jurado encargado de seleccionar las obras aquí presentadas, que también estuvo integrado por niñas, niños y adolescentes.

Además, la ceremonia virtual de premiación fue conducida por la adolescente Regina Pérez Bravo, a la que se sumó la extraordinaria participación de la niña Luna Samadhi G. Barajas, no nada más como jurado sino como estrella en el video promocional que utilizamos para dar a conocer el concurso, en el cual Luna no sólo prestó su voz, sino que también utilizó la lengua de señas mexicana para que nuestro concurso alcanzara la mayor difusión posible.

Hubo también otra participación importante de niñas, niños y adolescentes refugiados, lo cual es valioso porque revela el indicio de un cambio relevante en la población refugiada en México. Cuando se lanzó este concurso hace 12 años no había tantas niñas, niños y adolescentes refugiados en el país, pero con el paso de los años México se ha ido convirtiendo en un país de destino para personas refugiadas –incluyendo bastantes adolescentes–, por lo cual estamos muy contentos de la gran participación que tuvimos en esta edición.

Finalmente, para ACNUR México es clave la participación de las y los jóvenes pertenecientes a la generación que nació en este siglo, porque claramente hoy tenemos a nivel global enormes retos (cambio climático, la pandemia COVID-19, conflictos armados causantes de la huida de personas refugiadas, etcétera) que requieren soluciones que unen a los países, es decir, soluciones internacionales. Es precisamente esta generación joven que participa ahora en el concurso la que será clave para

encontrar soluciones. De ahí la importancia de este espacio, porque las soluciones deben comenzar a partir de un gran conocimiento de los problemas actuales, y esa es precisamente la finalidad de este certamen sobre personas refugiadas.

Enhorabuena por la gran participación que hemos tenido en este año difícil. 🏆

Nashieli Ramírez Hernández

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México

Por décima segunda ocasión se lanzó la convocatoria del Concurso sobre personas refugiadas que llevó por título Todos los sueños cuentan.

Este año se sumaron al esfuerzo conjunto para la realización de este certamen, como convocantes de esta iniciativa junto al Consejo Nacional Para Prevenir la Discriminación y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, el Sistema de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes, la Coordinación General @prende de la Secretaría de Educación Pública y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

El concurso estuvo orientado a estimular la creatividad de las niñas, los niños y las y los adolescentes mexicanos y refugiados a través de distintas manifestaciones artísticas, como cuento, dibujo y video, con el fin de mostrar la importancia de entender, comprender, sentir y ayudar a las personas refugiadas. Como en años anteriores, se busca

que desde la perspectiva de niñas, niños y adolescentes, quienes tienen mejor manejo a la tolerancia y la diversidad humana, se logre no estigmatizar y pensar que todas las personas somos básicamente iguales en dignidad y derechos, y se afiance este espacio como un canal de expresión de ideas y emociones frente al asilo y sus significados.

En un recorrido por los 122 trabajos de niñas, niños y adolescentes de 24 estados del país, la mayoría de México, pero también originarios de países como El Salvador, Haití, Honduras, Venezuela, entre otros, es posible percibir el miedo, la angustia y la tristeza, pero también la esperanza y la apertura a la solidaridad hacia la construcción de una sociedad más justa que obliga a detenernos, verlos y escucharlos. Más de una vez podrán sorprendernos y enseñarnos el valor de la fraternidad y la real comprensión de la igualdad de derechos.

Desde su mirada, niñas, niños y adolescentes abordaron las violencias por las que las personas refugiadas tienen que abandonar sus países, y la protección especial que se requiere para seguir garantizando los derechos fundamentales como a la vida, a la salud, a la no discriminación y a una vida libre de violencia.

Los resultados de su participación refuerzan la idea de mantener este tipo de espacios que demuestran que las niñas, los niños y las y los adolescentes son empáticos y solidarios con las personas refugiadas.

Se debe de entender que las personas refugiadas en el mundo viven en un contexto de violencia y necesitan de protección especial debido a su condición. La dimensión de lo que sucede requiere de un esfuerzo colectivo: los derechos y los sueños son de todas y todos. 🇷🇺

Tania Ramírez Hernández

Directora General Adjunta de Vinculación, Cultura y Educación del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

El Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) es una institución dedicada a la no discriminación y somos una instancia que desde el principio que apostó por este concurso, jamás imaginamos que iba a cumplir tantos años. Las niñas y los niños que han participado nacieron incluso después, quizás, de cuando lo lanzamos por primera vez; entonces, estamos muy contentas y muy contentos. Les queremos enviar un abrazo muy grande a todas las personas que participaron, y a todas y todos los ganadores.

Como este es un año atípico nos tocó innovar. Por ello hicimos algunas innovaciones que resultaron muy interesantes y productivas para este proyecto, por ejemplo, tuvimos la participación de niñas, niños y adolescentes que viven en México, pero que son originarios de otros países. Hubo participaciones de Honduras, Colombia, El Salvador, Haití, Cuba, Venezuela, Estados Unidos y Portugal.

Llegaron 122 trabajos que venían de 24 estados de nuestro país, y es la primera vez que recibimos trabajos digitales, además de gráficos y de escritos. Esto tuvo que ver con algo que ya mencionaba Mark Manly, representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México, y es que, cuando lanzamos este ejercicio, una de las innovaciones fue el eje de participación en el diseño del concurso.

Entonces, a través de un sondeo de opinión realizado en marzo, en donde le preguntamos a niñas, niños y adolescentes cómo les gustaría participar, más de 4 000 es decir, 4 599 (64%) dijeron que no habían participado en grupos como éste, 36% dijo que sí han participado en grupos escolares, clubes, etcétera. Es decir, la participación de las y los niños de manera organizada también existe desde una temprana edad, y es muy productiva y hay que seguirla fomentando.


Gracias a este sondeo nos pudimos dar cuenta que las modalidades de participación tenían que cambiar para este año y fue así como expresaron que a través del dibujo les gustaría hacerlo, pero también de la fotografía, y de otras formas escritas, por ejemplo, del cuento y el video, también se destacaron como elementos nuevos los componentes en redes sociales. Así fue como tuvimos las categorías gráfica, con dibujo, historieta, cómic y fotografía; la de escritura, que fue diversa, mediante la poesía, la canción o el cuento; y la digital, donde tuvimos videos, animaciones y *videoblogs*.

Las temáticas abordadas son múltiples y dan cuenta de la sensibilidad y la inteligencia con las cuales nuestras niñas, niños y adolescentes están comprendiendo la problemática y las circunstancias de las personas refugiadas en el mundo. Desde historias que tienen que ver con el derecho a la salud, las relaciones sociales, la protección especial –es muy interesante que haya habido trabajos que abordaran la temática–, y por supuesto las violencias y las condiciones que se viven en este contexto.

Nos llamó mucho la atención ver la empatía que muestran en sus trabajos, la percepción que tienen niñas, niños y adolescentes sobre emociones como la alegría, la tristeza, el miedo, el enojo, el estrés, la ansiedad o la nostalgia. Hay una gran capacidad de sentir lo que siente la otra persona, de ponerse en sus zapatos, y eso para nosotros es clave, porque eliminar el componente de discriminación de la realidad migratoria, concretamente de la realidad del refugio, es fundamental para que podamos abordar esta problemática adecuadamente.

Las personas que viajan desde sus países temiendo por su vida y teniendo que huir y refugiarse en otros países es una situación extrema que lo último que necesita es de nuestros prejuicios. Por eso es muy buena noticia darnos cuenta de que hay esta comprensión y esta empatía en niñas, niños y adolescentes. Y déjenme decirles, en Conapred levantamos hace un par de años una encuesta que se llama la Encuesta Nacional sobre la Discriminación en México, y descubrimos algo que es muy consistente

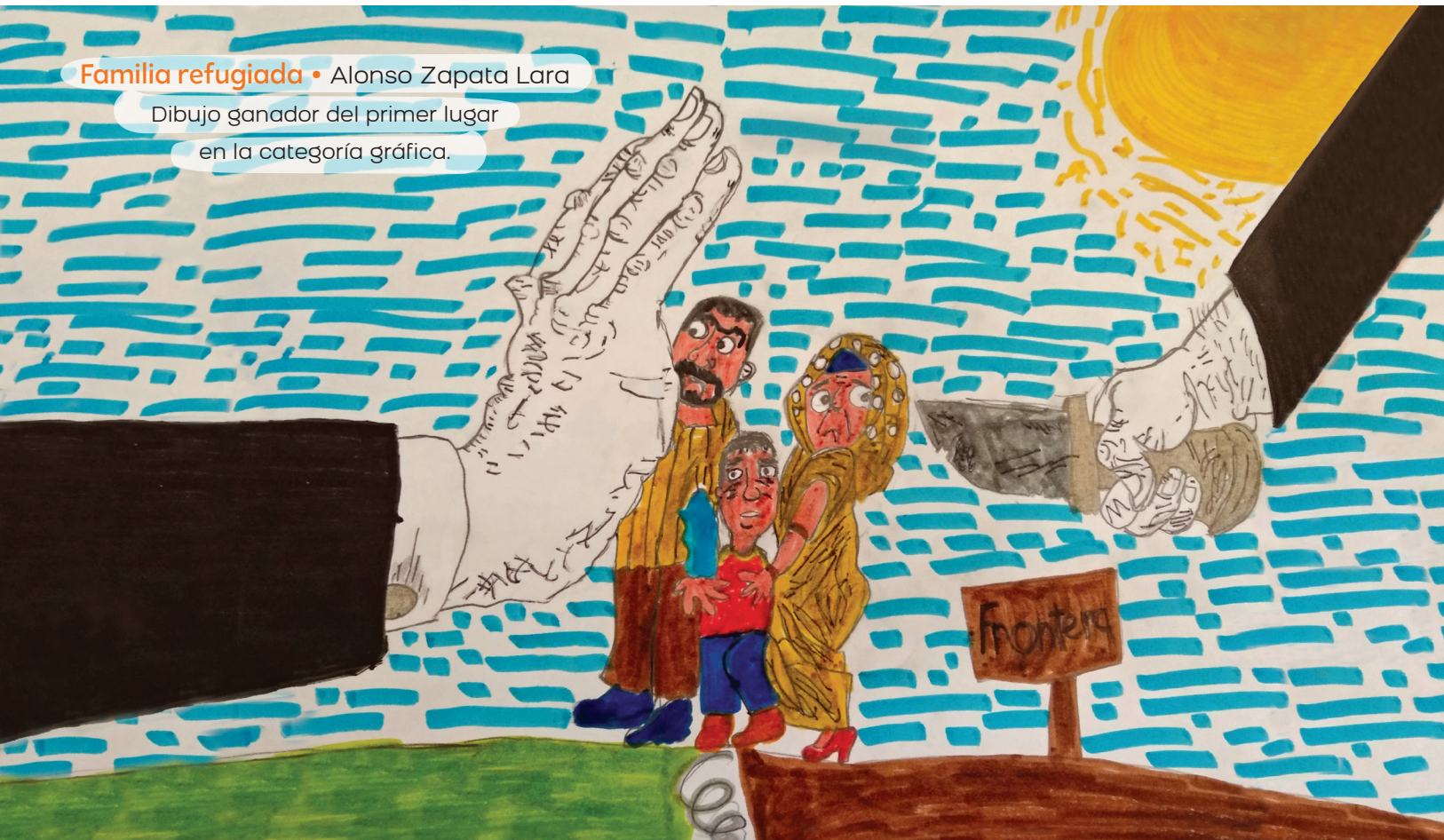
con lo que sucedió en este concurso, con lo que seguro ustedes viven día a día, los prejuicios que tenemos las personas adultas y las personas mayores. Estos prejuicios se van haciendo más grandes y anquilosados conforme tenemos más años, de manera que niñas y niños tienen una mayor apertura a la diversidad y son mucho más tolerantes.

¿Qué quiere decir esto?, que no nacemos discriminadores, nos vamos haciendo así. Entonces, cuando les preguntábamos a las niñas y los niños ¿tú harías amistad con alguien que tenga otra religión, que tenga otras costumbres, que tenga otro tono de piel, que venga de otro país? Siempre, por encima de 90%, más de nueve de cada 10 nos decían: “claro que sí, yo me haría amiga o amigo de una persona que tenga características distintas a las mías”. No había temor, había tolerancia y había apertura, y eso es algo que queremos abrazar y que queremos acompañar con todas las medidas y con todos los proyectos que podamos hacer desde las instituciones que convocamos, porque ese principio de respeto a la diversidad, incluso de celebración a la diversidad y a la tolerancia, es fundamental para que nuestro país pueda enfrentar el refugio, que es una circunstancia global, pero que lo podamos tomar de la manera adecuada aquí en México. 

Dibujos, textos y videos ganadores 2020

Familia refugiada • Alonso Zapata Lara

Dibujo ganador del primer lugar
en la categoría gráfica.



Cobijar con libertad

José Antonio Arguijo Ávila*

Un viernes en la mañana me desperté rápidamente. Había tenido un sueño, uno de esos en los que crees que estabas realmente en medio, de los que se sienten reales. Soñé que mi amigo Lucas se perdía en el campo, ¡pobre de mi amigo Lucas! Lo conocí gracias a internet, él nació en Honduras y es un excelente chico. Todos los días platicábamos por mensaje, hasta que me dijo que tenía que venir a México con su mamá porque la situación en su país estaba cada vez más complicada.

Por dentro me alegré de que viniera, pero pensé bien, y realmente era muy difícil que pudiéramos toparnos. Él debía cumplir su objetivo.

“Ricardo, hoy es el día en el que me voy. Deséame mucha suerte. Cuando pueda volver a ponermme en contacto contigo lo haré. Te aprecio amigo”. Decía su mensaje de despedida.

Se me rompió el corazón de inmediato. Comencé a ponermme nervioso. Dicen en las noticias que muchas de las personas que emigran no tienen un buen futuro –y yo no quería eso para él ni para su mamá–. Después logré controlarme al recordar las tan bonitas palabras motivacionales que Lucas me decía cuando me sentía mal:

Recuerda que sea cual sea nuestro destino, ya está escrito. ¿Ya cumpliste todos los sueños que llevas en tu corazón? Si tu respuesta es que no, entonces no te agobies, que todavía tienes mucho qué vivir hasta que los cumplas.

Él sueña con ser un gran pintor, y debe estar bien para poder serlo en el futuro. Lucas siempre ha tenido otra perspectiva de la vida y la muerte muy superior a los demás chicos que conozco.

Estuve esperando un mensaje suyo por más de tres meses, hasta que un día llegó. Un viernes por la noche. Decía:

Finalmente pude ponerme en contacto contigo. He llegado a México. Mi mamá tuvo que ser interrogada por oficiales, y después nos llevaron a una oficina para arreglar unos asuntos. Al salir, mi mamá me dijo que el gobierno nos brindaría un asilo temporal y que no debía preocuparme. No pude escuchar todo lo que hablaba con las personas porque me habían pedido que esperara afuera. Pero, en general todo está bien. Hace dos días nos trasladaron al albergue, y apenas hoy me di cuenta de que en un rincón había dos computadoras afortunadamente con internet. Tal vez nuestra conexión no sea tan constante como antes, pero cuando pueda te enviaré un mensaje para decirte que estoy bien. Esto no es tan malo como pensaba. Te aprecio.

Me llené de alegría por él. Estaba más tranquilo. Deseaba con todas mis fuerzas que su situación mejorara. Toda su vida había batallado económicamente, pero en los últimos años las cosas se habían puesto muy difíciles. Su mamá era la única que se hacía cargo de él, que tomaba la valentía y la fuerza de luchar por conseguir un futuro mejor para ambos. ¡Qué admirable!

Por un momento imaginé un mundo diferente, y volví a marear ese pensamiento que tenía desde hacía años: ¿qué pasaría si no existieran fronteras entre un país y otro?, ¿por qué los límites? Se supone que todos somos iguales, todos somos humanos. El mundo fue hecho para nosotros. No hay necesidad de regresar a la fuerza a alguien a un país en donde ya no quiere vivir. ¿Y si no existieran las nacionalidades, las etiquetas, los

lugares donde te discriminan por tener un acento distinto? ¿Por qué tiene que ser tan caro viajar a otras partes del mundo? ¿La VISA tiene que ser nuestro permiso para poder ser libres de viajar por el mundo?, ¿por qué si el mundo es de todos?, y deberíamos ser libres de ir a cualquier parte, sin el permiso de nadie.

Todo sin duda se debe a las reglas que imponen los gobiernos. El mundo real funciona diferente. Pero yo jamás pierdo ese anhelo que tengo en mi corazón. Ese anhelo de que el mundo sea tan libre como realmente debe ser. Estoy seguro de que la humanidad está por experimentar un gran cambio, cada vez lo siento más cerca, y sé que será muy enriquecedor para todos.

Con el paso de los días, Lucas me contó que había logrado conseguir tres amigos. El albergue en donde estaban les permitía a los niños estar en un parque que se encontraba cerca. Claro que tenían suficientes medidas de precaución para cuidar de los niños y evitar que se extraviaran. Lucas encontró a tres agradables muchachos mexicanos, y de inmediato se cayeron bien. Marcos de 17 años, Ramiro de 16, Agustín de 14, y él de 16. Lucas les platicó que una de las fuentes alimenticias más importantes de Honduras es la tortilla. Ramiro se sorprendió mucho porque creyó que la tortilla solamente era básica en México. Compartieron muchas anécdotas y costumbres de sus países sobre lugares hermosos, formas de vestir y comidas deliciosas. Fue una plática muy enriquecedora.

Lucas me dijo:

Estoy realmente contento de estar aquí. No sé cuánto tiempo nos permita México refugiarnos, pero quiero disfrutar lo mejor posible. Me dio mucho gusto platicar con los chicos, aprendí mucho de ellos, y ellos de mí también. Pensé en lo ventajoso que es para un país recibir a personas de otras partes del mundo, ya que enriquecen el conocimiento de todos los ciudadanos y los ayudan a descubrir las maravillas que existen en otros lugares. Siempre es bueno acoger dulcemente a los vecinos. Cada cultura tiene su *pizca* que es fundamental para la humanidad.

Tenía mucha razón. Si eres cordial con alguien, puede que te des la oportunidad de conocer a esa persona y adquirir un gran aprendizaje. Si los gobiernos de los países pensarán como Lucas, seguramente habría mucho mayor enriquecimiento cultural, moral, económico, y avanzarían hacia un paso muy importante: la inclusión.

Pero lo que me daba más gusto era que Lucas estaba muy bien. Era feliz en México, y yo me sentía más cerca de él, pues nos separaban sólo algunos estados.

Pasaron los meses y nuestra conexión continuaba vigente y constante. Lucas me decía que sus amigos estaban muy contentos por todas las cosas que él les platicaba de Honduras. Es más, en el comedor del albergue le dieron la oportunidad de cocinar

una de sus comidas favoritas: ticucos hondureños, que es uno de los platillos típicos de su país, especialmente en Semana Santa, que se hacen para compartir con todos. Me platicó que por poco se le hervían de más, pero afortunadamente los sacó a tiempo. Recibió muchos comentarios buenos por su comida. Me dieron ganas de ir allá con una vasija para que me diera un poco.

Aunque ni él ni su mamá tienen idea de cuál será su futuro en los próximos años, ambos están confiados en que todo estará bien. El hambre de cambio les permitió encontrar un modo de vida mejor, y conocer a gente maravillosa en el camino. México los recibió con los brazos abiertos; ambas partes aprendieron mucho una de la otra.

Espero que algún día todos los países del mundo se den cuenta de que ser hermanos con un corazón bondadoso es muy importante para que la humanidad avance en valores, aprendizaje y desarrollo. Debemos cultivar nuestras tierras de diferentes tipos de especies para descubrirnos, retroalimentarnos y avanzar juntos. Y ser comprensibles a la hora de que alguien viene huyendo, porque busca en nuestras tierras un estilo de vida mejor para él y su familia.

Sin duda, Lucas llevará en su corazón a México cuando logre ser aquel pintor que siempre soñó, plasmará sus experiencias en obras de arte y cada vez que alguien le pregunte sobre la esencia de sus obras, él dirá:

Hablan sobre un chico que junto a su mamá encontraron refugio en un país muy hermoso.

Confío en que así será.

Mañana, después de tres años de conexión *online*, nos veremos finalmente en persona. Me ha dicho que llevará un cuadro que pintó inspirado en mí, y yo le he contado que he comprado una docena de tamales para comer. ¡Estoy muy emocionado! 🍌

Mi historia

William*

MI HISTORIA :)



<https://www.youtube.com/watch?v=HqtBd0Gmqfo>

* Video ganador del primer lugar en la categoría digital.



México los recibe con los brazos abiertos •

Itzi Alejandra Aguilera Cervantes

Dibujo ganador del segundo lugar

en la categoría gráfica.

Hermano refugiado

Luis Eduardo Escobar Flores*

Hermano, hermana,
has dejado tu país,
has llegado a mi patria,
la patria mexicana.

Vienes de tu gran país
con un sueño,
con hambre,
con ganas de sobrevivir.

* Texto ganador del segundo lugar en la categoría de escritura.

Vienes caminando bajo el abrumador sol
sin algo que beber,
sin algo que comer.
Vienes con la esperanza, hasta que paras y descansas.

¿Tienes familia?,
¿por ellos luchas?,
¿por ellos has salido de tu país?,
¿por ellos es que buscas algo aquí?

Has dejado todo atrás:
una familia,
un hogar,
una vida.

Los lugares que frecuentabas,
el señor que atiende el minisúper,
tu madre.
Todos te buscan y esperan, todos quieren que vuelvas.

Has tenido que cruzar ríos,
dormir sin un techo,
vivir a la deriva,
soñar sin una cobija.

Pero en tus sueños
recuerdas la violencia que hay en tu país,
la falta de oportunidades,
¡por eso buscas algo aquí!

Qué mal que huyas de tu patria,
que salgas del lugar que te vio nacer,
que no triunfes donde tú quisieras,
¡qué mal todo lo que tienes que hacer!

Recorrer cientos de kilómetros,
caminar sin una certeza,
sin saber a dónde llegarás,
sin saber con qué te encontrarás.

No sales solo,
siempre hay hermanos como tú,
con ganas de luchar,
de triunfar.

Que tienen tanto por hacer,
tantas ganas de trabajar,
pero no se les ha dado la oportunidad,
no han podido avanzar.

Ustedes no quieren hacer daño,
todo lo contrario.
Ustedes no buscan hacer el mal,
sólo quieren con algo aportar.

Te han llamado de todas formas:
refugiado, naco,
delincuente, arrimado;
pero yo, yo te llamo: ¡hermano!

Porque te admiro
por todo lo que has dejado atrás,
por soportar lo que te dicen,
por día a día luchar.

Yo te admiro
por enseñarnos lo que no sabemos de ti,
de tu país,
de tu cultura.

De tu historia,
de tu trabajo,
de lo que guardas,
lo que guardas en tu memoria.

Y no estás solo
ni en México
ni en tu país
ni en el mundo.

Al menos en este país
nos gusta ser solidarios.
Hay muchas instituciones
que lucharían por ti.

Porque alcances tus sueños,
porque vivas tranquilo.
De cualquier forma,
no dejes de luchar por ellos.

Todos los sueños cuentan
y forman un gran país.
Todos los sueños importan.
¡Todos lucharemos junto a ti! 🇷🇺

Todos los sueños cuentan

Renata Isabel López Villalobos*



<https://youtu.be/-w1BcBerKVI>

* Video ganador del segundo lugar en la categoría digital.



Puksi'ik'al • Adrián Elohim Gómez Mex

Dibujo ganador del tercer lugar
en la categoría gráfica.

Casa del migrante, Zacatecas

Leodan Adulio González Esparza*

Cada ser existente en este mundo se decepciona de manera inconsciente del país donde nació. Soy venezolana y me he decepcionado por la vida dura que existe allá: mucha violencia, asesinatos, drogas, prostitutas y ladrones. Cualquier persona venezolana desearía vivir en Estados Unidos, donde la vida es perfecta, siempre hay efectivo y trabajo; pero los estadounidenses se decepcionan por lo mismo de nosotros. La diferencia es poder desarrollarse libremente, como decimos allá en Venezuela: *echarle un pichón*, que significa esforzarse para lograr algo.

Sin embargo, los pocos venezolanos que pueden vivir allá están relacionados con la política, y es por eso por lo que ahora vamos en camino a México, donde cuentan que no es el mejor país, pero tampoco es tan malo.

* Texto ganador del tercer lugar en la categoría de escritura.

Por lo que me dicen, México siempre ha sido una combinación de culturas, de muchas nacionalidades, y a veces te puedes pasar ilegalmente. Si llegas a un estado central no te dicen nada.

Sólo mi mamá y yo salimos del país. Ella ahorró dinero para que viajáramos hasta Argentina y luego a México en avión, fue mejor idea que cruzar el mar. La mayoría de las y los venezolanos que escapan están amenazados en automático al regresar.

En aquel entonces yo tenía por lo menos 13 años, mi madre 28, e íbamos en camino hacia una nueva ruta de escape. Por fortuna no sé cómo le hizo para los pasaportes, y realmente no me importó. Era suficiente con huir del país donde te compras algo con mucho esfuerzo y te lo roban en menos de una semana...

Llegando a México fuimos llevadas a un lugar llamado Casa del migrante, donde nos recibieron con las palmas abiertas dándonos un techo, prácticamente —pienso yo— ningún país se da el honor de proteger a las personas migrantes. A mamá, después de muchas entrevistas y condiciones, le dieron un tiempo para conseguir un poco de dinero para pagar la pequeña cuota de la vivienda, y yo, por fin, después de cinco años, tuve el alimento asegurado día tras día. Se sentía bonito.

El refugio tenía no más de 15 personas hospedadas, ninguna de ellas eran hombres, sólo había mujeres, niñas y niños, pero hombres no, por lo que podía dormir segura.

El lugar para dormir era de tamaño mediano, había una cama simple y un baño dentro de la misma habitación. Las mujeres tendrían su ropa al exterior, sin pena de que las y los demás la vieran, todos comprendíamos.

Chiquinquirá es mi nombre, pero la mayoría me dice Chiqui, recortando el trabalenguas para las lenguas de las y los zacatecanos.

Todos estábamos ahí por la misma razón: habíamos escapado de nuestro país para obtener una buena vida. Entre nosotros había una madre negra y su hija. Alika se llamaba la pequeña, quien desde hacía más de un año estaba de refugiada junto con su madre. Su destino inicial había sido llegar a Estados Unidos a cumplir lo que todos titulamos “el deseo americano”, pero las retornaron y se quedaron en México, donde les había ido de maravilla, más específicamente en Zacatecas, en la Casa del migrante; su madre había obtenido un empleo en un supermercado donde acomodaba los productos. El caso de ella pudo ser más difícil que el mío por el color de piel, pero en Zacatecas y en la mayor parte de México no es así: por lo menos han de existir más de 100 familias de diferentes países que residen por este lado. La sangre auténtica

mexicana se ha perdido por completo con los años debido a su combinación con otros genes, y eso hace a México un país lindo: muy pocas veces discrimina.

Alika se hizo mi mejor amiga durante la estancia en la Casa del migrante, ella tenía nueve años, y me enseñó unas palabras en Suajili: *habari* significa “hola” y *kwaheri* es “adiós”; *tafadhali* es igual a “por favor” y *asante* a “gracias”.

Una tarde en la que estábamos libres me propuse peinar todo su cabello esponjado para hacerle muchas trenzas. Preparé el cabello mojándolo totalmente para manipularlo mejor, y con las ligas sobre la cama me puse a hacerle las trenzas. Al principio era complicado porque las ligas se reventaban, una me dio en la oreja y aullé. Después de una hora se logró la misión, ya era la Alika *entrenzada*. Se dejó las trenzas por una temporada, hasta que la mayoría de las ligas se reventaron.

Mi madre consiguió un trabajo cerca de la Casa del migrante. Trabajaba en una dulcería como cualquier trabajadora de su edad. Yo hacía mi parte al no ocasionarle más problemas. Según palabras de la nueva psicóloga Victoria Blum, estaban arreglando nuestros papeles, modificando nuestra nacionalidad y cambiándonos por zacatecanas. Según dijo eso serviría para obtener más oportunidades, trabajar en instituciones y lugares complejos donde te ofrecen un seguro de vida. ¡Toda una locura!

Mientras, mi mamá se iba a trabajar en la dulcería, pagaba la cuota con puntualidad y ¡parecía sorprendente!

En mi país había temporadas donde comíamos las mismas cosas todos los días. Y en México había un plato diferente cada día, además todo lo de la mesa estaba fresco: las naranjas, las manzanas, los plátanos, e incluso la sandía, me sentía como en el cielo. En los supermercados de Venezuela vendían todo podrido, desecho, horriblemente en estado de descomposición. Aquí todo era fresco. Pensaba: ¡Santo Dios!, ¡esto sí que es vida!

Seis meses después arreglaron los papeles de mi madre y los míos, donde nos definían como ciudadanas de Zacatecas; esto sería jodido, pero me sentí súper feliz de que dijera *zacatecana* y no *zuliana*. Mamá, con los tan dichosos papeles, hizo solicitudes de trabajo y empezó a buscar, quería comprobar si eran ciertas las tantas promesas notificadas por este país. Mi mamá fue de esas extrañezas que pudo acabar la preparatoria en Venezuela, he de suponer que aquí la educación es mucho mejor que allá. Tres días después pasó lo mismo con la madre de Alike.

Una semana después mi mamá terminó siendo contratada en una institución del gobierno para trabajar como barrendera; fue bueno por ese momento y de ahí me introdujo a la escuela primaria, a quinto, donde me había quedado desde hacía un año.

Cuando estábamos en la cama y me decía cuánto ganaba, casi me ahogué con mi saliva, parecía mucho ganar 115 dólares en una quincena —en Venezuela siempre convertimos la moneda en dólares—, además, también le proporcionaron un seguro. Allá el salario mínimo no nos alcanzaba prácticamente para nada, o comprábamos comida o pagábamos la casa, pagábamos la casa o comprábamos comida, y de una manera u otra nos organizábamos.

Mi deseo siempre, desde que tengo razón, ha sido ver mi refrigerador lleno; no es nada malo, es en serio, nadie sabe lo que es realmente sufrir de hambre.

Dos años después nos salimos por nuestra cuenta de la Casa de migrante para que alguien más ocupara ese espacio mientras nosotros formábamos nuestra propia vida. Mi mamá consiguió rentar una casa y a la vez satisfacer nuestras necesidades. Ella me platicó de un sistema extraño llamado Infonavit, donde después de trabajar tanto tiempo puedes pagar una casa en 30 años, y ¿cómo me quede yo?: con la boca abierta. Poder hacer algo así es sorprendente. El comprar una casa en Venezuela parecía simple por estar barata, una casa de lujo con vistas al mar cuesta a penas medio millón de pesos (o 21 000 dólares), pero con nuestro salario ni una casa de esa ajustábamos.

Amo a Zacatecas, lo aprecio como muchas de las personas nacidas aquí no comprenderán. Es seguro caminar por las calles libremente sin el temor de que una moto

se te pare a lado y te saque un arma. Y mucha gente amable te da los buenos días, las buenas tardes, e incluso las buenas noches. Algunos países como el mío están mal por un mal guía, y deben de aprender a mejorar. Los zacatecanos verdaderos han de encontrar sus fallas y también pueden mejorar. Pero la mejor educación no viene de la escuela sino de casa, cuando te enseñan a ayudar a los demás, a ser amable y reconsiderado con tus semejantes, a ayudar a los que no son de tu país. Exactamente como nos ayudaron a mi madre y a mí. 🇲🇽

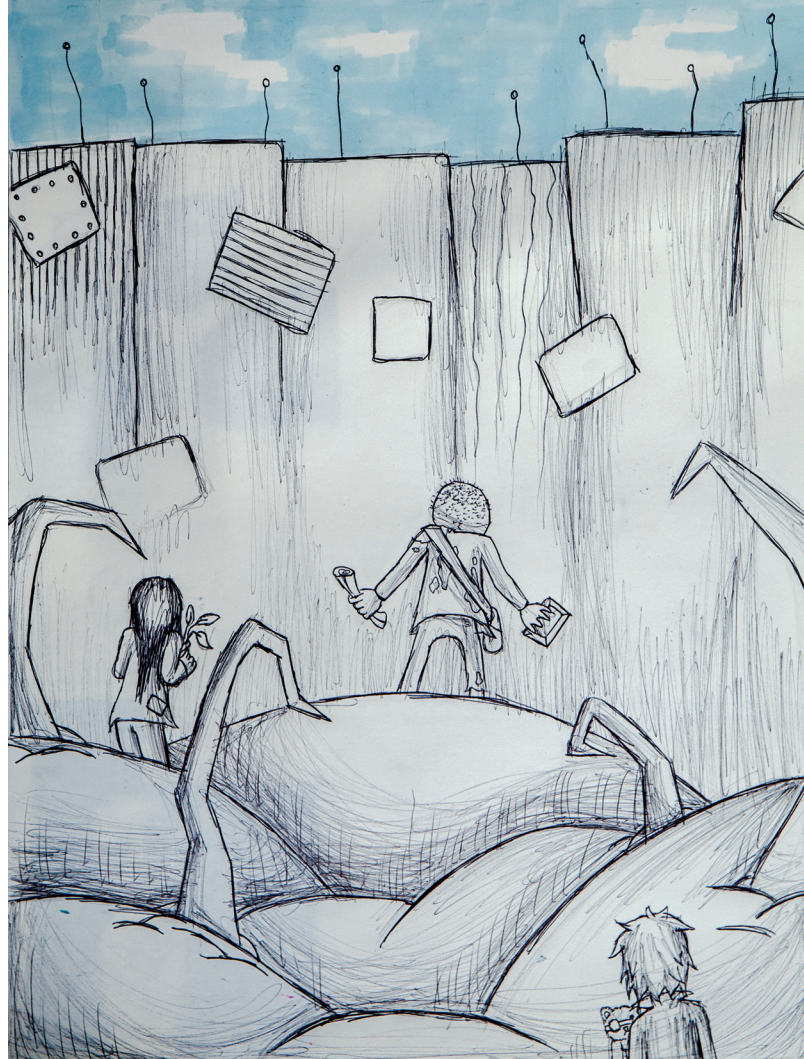
Ayudarlos a sentirse en casa

Carlos Ignacio de la Cruz Ricardez*



<https://youtu.be/kJz81yEBmPg>

Refugiados • Ian Tristán López
Fernández Fernández
Dibujo con mención honorífica
en la categoría gráfica.



Una piñata y dos jarritos

Dana Leticia Salas Rodríguez*

4:30 p.m.

—¡Alcánzame, Carlitos, corre! —decía Ximena entre carcajadas.

—¡No me llamo “Carlitos”! —me atreví a corregirla.

Mientras corría detrás de Ximena me di cuenta de que *aquí* y allá no son tan diferentes. Yo también podía tener un lugar *aquí*.

2:00 p.m.

Estaba en un columpio. Vi mi reloj por tercera vez, parece que el tiempo avanza más lento cuando quieres que pase rápido.

De nuevo me sentí muy enojado, yo no quería estar *aquí*, quería volver a mi casa. Mi casa me gustaba. Quería ver a mi papá, quería jugar con mis primos, quería ir a mi escuela, quería... quería llorar. Tenía muchas ganas de llorar y de decirle a mi mamá que nos devolviéramos, yo ya no quería estar *aquí*. A nadie le gusta que vivamos *aquí*, ¿por qué mi mamá no lo entiende?

—¡Holaaaaaaa! —dijo una voz que me despertó, me había quedado dormido.

Volteé a ver mi reloj cuando otra vez alguien me habló.

—¿Cómo te llamas?

(¿Por qué *aquí* todos gritan?) Yo no quería contestarle, no quería hablar con nadie.

—Oye, ¿no me escuchas? —preguntó hablando más fuerte que antes.

(Bueno, ahora sí que me enojé).

—¿Qué? —dije mientras volteaba para ver quién me hablaba. Era una niña.

2:17 p.m.

—Y así es como se me cayó mi segundo diente —comentó mientras sonreía muy grande para que pudiera ver los dos hoyitos que tenía en donde debían de ir sus dientes.

—¡Ah! —le contesté.

Miré mi reloj. (¿Por qué esta niña no entendía que yo no quería hacer ningún amigo *aquí*? No me importaba, yo quería volver a *allá*).

—¡Oye, pero si no te he dicho mi nombre! —dijo mientras sus cachetes se ponían un poco rojos—. Mi mamá dice que soy muy distraída, que todo se me olvida; pero bueno, mi nombre es Ximena, con X.

Se puso frente a mí y me extendió la mano, quería que yo también le dijera mi nombre y nos saludáramos. (Está bien, le voy a decir mi nombre, sólo porque parece que no se va a ir hasta que lo sepa).

—Carlos Alberto —le dije alto y claro— Mi nombre es igual que el de mi papá, por eso me gusta...

Estaba a punto de tocar su mano cuando me interrumpió:

—Carlos... ¿qué? ¡Pero esas son muchas letras!, ¡son como cincuenta y tres! ¡Mi nombre sólo tiene cuatro! —dijo.

Levantó la mano que tenía extendida, miró hacia arriba, sacó un poco la lengua, entrecerró los ojos y comenzó a contar con los dedos.

(Pensé: ¡claro que no eran cincuenta y tres letras! ¡Claro que su nombre no tenía cuatro! Ximena, X-i-m-e-n-a...).

—¡Seis! ¡Tu nombre tiene seis letras! —le dije emocionado por haber contado más rápido que ella.

—¡Ay!, Carlitos, claro que no.

(¿Cómo me dijo?).

—Mi nombre tiene cuatro letras, porque el cuatro es mi número favorito y Ximena es mi nombre favorito ¿no es obvio?

(Bueno, esta niña es tontísima, eso es lo único obvio).

Ella siguió hablando:

—El amarillo es mi color favorito, los perritos son mi animal favorito, los parques son mi lugar favorito, las trencitas son mi peinado favorito, tú eres mi nuevo mejor amigo favorito, y ésta —dijo mientras colocaba frente a mí la mochila que antes estaba en su espalda— es mi cosa favorita porque adentro tiene cosas muy importantes.

(¿Dijo que soy su amigo?, ¿su amigo favorito?, ¿su mejor amigo favorito?).

2:38 p.m.

—¡No!, ¡no! y ¡no! —le volví a decir, aunque ya le había dicho lo mismo como 10 veces. (Si mi mamá conociera a Ximena, de seguro aceptaría que no soy el niño más terco del mundo como ella dice).

—Por favor, por favor, por favor, por favor. Si juegas conmigo, te prometo, te súper súper ultra prometo que te enseñe lo que hay en mi mochila.

(Su mochila..., yo ni quería ver lo que había en ella).

Vi mi reloj, lo limpié con la orillita de mi playera con mucho cuidado, después volteé a ver la mochila de Ximena, era una piñata. (¿Por qué debía tener la forma de piñata?). Cerré mis ojos porque no quería llorar. Las piñatas no me traían buenos recuerdos, había una colgada cuando todas las cosas malas empezaron *allá*. Mi mamá dice que ella tampoco quería venir *aquí*, que las cosas malas nos obligaron a venir.

(¡Odio las piñatas!).

3:02 p.m.

Ya habíamos sido piratas, después maestros, después cocineros, después motociclistas, y Ximena decía que faltaba jugar a su favorito, pero yo ya me había cansado, así que le dije que abriera su tonta mochila-piñata y me enseñara lo que tenía adentro.

—Pero me tienes que prometer de verdad, de verdad, que no le vas a contar a nadie lo que tengo adentro. Tiene que ser nuestro secreto, Carlitos.

Hice una cara de desagrado al escuchar el nombre que me había dicho, pero ella ni lo notó.

—Te lo prometo, Ximena, te lo prometo —le volví a decir (como que está medio sorda porque siempre me hace repetirle las cosas).

Dijo ella:

—Está bien. Para saber que estás diciendo la verdad y que no vas a romper tu promesa...

(¡Yo no voy a darle el meñique!, ¡eso sí que no!).

—¡Tenemos que durar 10 segundos sin respirar! —gritó.

(¿Por qué creí que Ximena me iba a pedir el meñique? Es, como dice mi mamá, una niña muy ocurrente).

3:24 p.m.

—¡Ay, Ximena, eso es asquerosísimo! —le dije mientras me tapaba la nariz con la mano—. Probablemente eso apesta mucho.

—Ya te expliqué que no es *asquerosísimo* como tú dices, es un experimento. Mi mamá una vez me dijo que “todo cabe en un jarrito sabiéndolo acomodar”, yo sólo estoy comprobando si es verdad y, aún mejor: ¡tengo dos jarritos!

—Ximena, no creo que tu mamá quisiera que metieras todo lo que encontraras tirado por el piso en tus jarritos, que además sólo son dos vasos con tapaderas —le dije tratando de que entendiera.

(Con razón era un secreto, su mamá de seguro la regañaría si la descubría).

—¿Y tú qué sabes, Carlitos? Tú ni siquiera eres de *aquí* —me dijo mientras guardaba sus jarritos en la mochila-piñata.

(¿Qué dijo? ¿Ella sabía que no era de *aquí*? ¿Iba seguir siendo su nuevo mejor amigo favorito, o iba a querer que me regresara a *allá* como todos los demás?).

—¡Ándale, Carlitos, ven! ¡Sigue mi juego favorito! —dijo.

Y la seguí mientras sonreía aliviado.

¿p.m.?

—¿Entonces, tú no tienes nada favorito? —me volvió a preguntar.

Vi mi reloj, más bien volteé a ver mi reloj, pero no vi nada, ¡no estaba en mi brazo! ¡Esa era mi cosa favorita! Lo único que me recordaba a mi papá. Lo único que me hacía sentir como si todavía estuviera *allá*, porque *aquí* o *allá*, al final del día, contaba las mismas horas.

Me puse a llorar.

—Ya, Carlitos, por favor, no llores. Sí, entiendo cómo te sientes, es como si yo hubiera perdido mis jarritos —me dijo Ximena tratando de consolarme, pero empecé a llorar todavía más.

—¡Tus jarritos llenos de basura no se parecen en nada a mi reloj! —le grité.

Y entonces ella también empezó a llorar.

4:30 p.m.

Después de que los dos lloramos un rato, Ximena me pidió perdón, y yo a ella. Después decidimos buscar mi reloj. Yo le confesé que era mi cosa favorita en el mundo, que me lo había dado mi persona favorita en todo el mundo. También le dije que mi reloj era lo único que me ayudaba a estar *aquí*, y ella lo entendió.

—¡No está aquí tampoco! —dijo Ximena tratando de no reírse al esconder mi reloj detrás de su espalda, pero yo lo vi antes de que lograra ocultarlo.

—¡Ya lo vi, Ximena! ¡Dámelo! —le dije.

Ximena empezó a correr mientras reía y yo detrás de ella. Ya no estaba triste ni enojado, mi reloj estaba bien y yo tenía una nueva mejor amiga favorita.

—¡Alcánzame, Carlitos, corre! —decía ella entre carcajadas.

—¡No me llamo "Carlitos"! —me atreví a corregirla.

Mientras corría detrás de Ximena me di cuenta de que *aquí* y allá no son tan diferentes. Yo también podía tener un lugar *aquí*.

5:10 p.m.

—*Aquí* también es muy bonito —me dijo Ximena después de que yo le contara todo acerca de *allá*.

Estábamos acostados en el piso porque nos sentíamos cansados.

—Carlitos, tú y yo nos parecemos mucho, aunque tú seas de *allá* y yo de *aquí*. A ti también te gusta jugar a los piratas, y a los maestros, y a los cocineros, y a los motociclistas, y también a mi favorito: ¡los astronautas! Tú también tienes una mamá que te dice cosas inteligentes, también lloras y te gusta correr, te cansas y ¡tienes una cosa favorita!

Los dos volteamos a ver mi reloj, que ahora estaba en mi brazo.

Ella siguió:

—Y aunque nos vemos distintos y hablamos un poco diferente, y aunque tú tienes un nombre que tiene cincuenta y tres letras y yo uno que tiene cuatro, los dos merecemos las mismas cosas. ¡Como las cosas de mis jarritos!, todas son diferentes, pero todas merecen estar en mis jarritos.

Me reí, me reí y muy fuerte contagiando a Ximena. Me había equivocado, ella es la niña más inteligente de todas, de *aquí*, de *allá* y de dónde sea.

—¿Y sabes qué cosa quiero que tengas algún día, Carlitos? —me preguntó mientras me observaba.


—¿Qué cosa, Ximena? —indagué sonriendo.

—Sueños, sueños tan grandototes que alcancen las estrellas —dijo mientras estiraba sus manos al cielo y yo la imité.

Vi mi reloj, eran las 5:10 p.m.

(Yo también los quiero tener porque ahora sé que no importa dónde esté, los sueños se pueden hacer realidad).

—Gracias, Ximena, por enseñarme a soñar.

Pues tuve hambre, y me alimentaron. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui extranjero, y me invitaron a su hogar, Mateo 25:35. 



Conociendo más lugares •

César Francisco Díaz Blanco

Dibujo con mención honorífica
en la categoría gráfica.

El Encino

Emmanuel Iván Montiel Paredes*

La adrenalina pura de correr, huir y no mirar atrás. La sensación de dejar tu tierra, tu familia y tu casa es el sentimiento más doloroso e inexplicable que no se compara siquiera con la muerte misma.

Hace 16 años no imaginé que estaría ahora corriendo río abajo, con mi única mochila, tratando de alcanzar a mi hermano.

* Texto con mención honorífica en la categoría de escritura.

Yacía en el cuarto donde dormíamos todos, como hijo menor me tocaba dormir al otro lado de la ventana y con la cobija más grande para que no me enfermara, pues el doctor no estaba en el pueblo y no habría quien me curara si me llegaba a dar una gripe.

Al amanecer sentí que mi padre se levantaba de mi lado, retirando ligeramente la cobija de mi hombro derecho; con él se levantaron también Rodrigo y Roberto.

Me quedé dormido hasta que Carlos me llamó para que le ayudara a sacar del corral a los borregos, las vacas, las mulas y los toros; y para que mi mamá por fin pudiera empezar a barrer uno de los dos cuartos que poseía la casa. Años después ese cuarto se terminó por derrumbar y como mi papá ya no tenía espacio donde guardar los granos que cosechábamos, junto con su compadre de San José construyó un techo de lámina, y sólo por eso cada 3 de mayo se reunían a celebrar su creación arquitectónica, que estaba decorado con una pequeña cruz que tuve que hacer con dos pedazos de madera que sobraron.

Sacamos a los animales. A mí me tocaba abrirles a los borregos y hablarles a los perros. Me vestí como medio dormido, me puse mis sandalias y mi sombrero. Tomamos la vereda que conecta la casa con la calle más cercana, de ahí vamos al río y bajamos. Yo

voy detrás con los perros, cuidando de que ningún animal se desvíe, y mi hermano va al frente decidiendo qué camino nos tocaría vivir ese día.

Extrañamente hoy corro en ese camino, viendo el agua pasar y las pisadas secas que el trópico ha fotografiado, y deseando con todo mi corazón volver a los días junto a mi hermano Carlos, cuando mi mayor preocupación era no quedarme atrás.

Después de un tiempo, el sol se da permiso de colorear el camino donde voy. El sueño traiciona mi andar y un tronco tirado me hace caer. Me paro a descansar y para ver si me he lastimado. Cuando volteo puedo ver la hectárea a la que le decimos El Encino.

El día que cumplí 10 años mi mamá sólo logró comprarme un pantalón nuevo que estrenaría un día de esos, porque se gastó mucho en él, y porque el resto del dinero ahorrado se usó para adquirir El Encino. Se llamaba así porque en el fondo había un gran encino que nos cubría del sol cuando, después de trabajar la tierra, a mediodía nos sentábamos a descansar y a comer el almuerzo que mi mamá nos había preparado.

La compra de ese terreno era una gran esperanza para la familia. Significaba el poder doblar nuestras ganancias, comprar más herramientas, terminar de hacer nuestra casa, adquirir más abono y, tal vez, para nosotros los hijos, tener ropa o una mochila nueva; las bolsas que nos servían para transportar nuestros libros a la escuela se rompían muy fácilmente. Por eso, nuestro padre nos dijo que ello implicaría poner más energía y sacrificio al trabajo, repartirnos las tareas, despertar más temprano para ir a la tierra, y por la tarde, inmediatamente después de salir de la primaria, ir con los animales al monte para que pastaran. Fue entonces que don Emiliano Justo apareció.

Ese día fuimos a emparejar el terreno para empezar a sembrar. Don Emiliano Justo llegó en una camioneta con sus dos compadres. Él era un hombre muy gordo, con una mirada maligna, siempre vestía con sus botas y un sombrero como los que usaba mi papá cuando era joven. Él tendría cerca de 50 años, sus acompañantes casi 30. Llegaron riendo, y mi papá nos dijo que esperaríamos bajo el encino. Ellos hablaron por 10 minutos. Mi papá regresó y pidió hablar conmigo a solas.

—Sí, pa'. No hay problema, ya será otro año... Sí, lo tengo guardado en el cajón, aún no me lo pruebo... Sí, doña Josefina vende ropa, ella seguro te lo compra —dije.

Cuando vi el letrado que dividía nuestra comunidad del pueblo de Santa Mónica fue como volver a vivir, sabía que mi hermano Roberto estaría cerca, que mi libertad estaría asegurada a la mitad, porque con mi hermano sabía que todo estaría bien.

Roberto siempre me ha cuidado desde pequeño, y sé que ahora lo hará.

Cuando íbamos diario a El Encino, Roberto me decía que nunca me fuera caminando, él me subía al pequeño burro que nos ayudaba a llevar las herramientas y las cosechas. Si era tiempo de cosecha, él se cargaba en la espalda un costal que bien podía ir en el burro, y lo hacía para que yo pudiera ir sentado sobre él.

Al terminar la primaria pude ir a la secundaria de Caldera, la capital del estado, que quedaba del otro lado del río. Para que un niño como yo fuera a esa escuela debía tomar el camión de las cinco de la mañana, y regresar a las siete de la noche a hacer mis tareas, ayudar y cenar lo poco que quedaba en mi casa. Sólo los hijos de don Emiliano y yo podíamos pagar la escuela y el transporte. Mi hermano Roberto le dijo a mi padre que me dejara estudiar, que no se preocupara, que él se haría cargo, y que

con los trabajadores sería fácil ya trabajar el pequeño rancho que compramos con las ganancias de El Encino.

Tiempo después, ya en tercero de secundaria, el día del examen final de año, me levanté muy temprano. Me sentía muy confiado porque en la noche había estado estudiando hasta quedarme dormido, Roberto y mi mamá me habían ayudado a estudiar.

Me puse mi uniforme que había lavado y lo arreglé con la plancha que mi papá le trajo a mi mamá de la capital. Me peiné y mis padres me desearon mucha suerte, con la promesa de que, con el dinero que sobrara del pago de impuestos que debían a don Emiliano, me comprarían una mochila.

Más que entusiasmado llegué a la parada del camión. Ahí estaban los hijos del hombre que había estado ahorcando a mi familia y evitando que pudiéramos obtener un dinero extra, ¿quiénes más? sino los herederos de don Emiliano. Curiosamente, a pesar de que eran los exámenes finales, no llevaban sus libros.

Los tres se acercaron a mí, me tiraron los libros y sacaron una navaja. Se burlaron de mí y me amenazaron con el filo de su arma:

—Tú y tu familia se burlan de nuestro padre, es hora de que lo empiecen a respetar.

Cuando el brillo de la navaja iba a atravesarme, llegó Roberto. Cerré los ojos fuertemente hasta que una mano tocó mi hombro y me abrazó.

—Olvidaste tu desayuno —dijo mi hermano con una herida en el hombro, mientras los agresores salían corriendo, probablemente huyendo a su casa.

Llegó el camión que debía tomar, y Roberto se esperó hasta que se fue.

Ese día cenamos frijoles y carne, usualmente sólo cenábamos frijoles. Platicamos de la escuela, de lo bien que me había ido —excepto en artes, nunca fui bueno con la coordinación—, y claro de la mochila que me iban a comprar.

Mi mamá se levantó de la mesa a cortar más hierbas para el té de Roberto, ya su herida de la mañana estaba sanando.

En medio de la multitud de Santa Mónica yo levanto la cabeza intentando ver a mi hermano. No sé si es mi prisa, mis nervios o sencillamente el miedo me hace ver un

río de personas a mi alrededor. Sólo una vez vi tal cantidad de gente acaparando mi mirada: en mi examen de entrada a la universidad.

La fila para tener la oportunidad de presentar un examen a la universidad más importante de la región parecía interminable, venían de todos los lados, eran hombres, mujeres, ricos, pobres, jóvenes e incluso alguna que otra persona mayor.

Mi papá me llevó en el auto que habíamos comprado un mes atrás gracias a las primeras ganancias de sus negocios. Pudimos adquirir uno más moderno, pero decidió invertir en más negocios, en más trabajadores y, obvio, en pagar para que los hombres de don Emiliano no nos cerraran las tiendas ni nos arruinaran las cosechas.

Gracias a las buenas cosechas varios compradores de otros lugares empezaron a buscar a mi papá para cerrar negocios. Entre ellos venía el señor Rolando, un político de 70 años muy importante del partido de oposición.

Mi padre nos contó que era un hombre con gran ética, que gracias a él los campesinos podían usar el agua de la región sin pagar un sólo impuesto. Sin embargo, hacía unos años, al tratar de postularse como presidente municipal de San Mateo, y al tener

el voto de la mayoría de la población, tuvo un atentado mientras comía con su familia –por eso siempre caminaba con un bastón, pues una bala quedó incrustada en su rodilla–, y lamentablemente una bala fue al pecho de su esposa... Desde ese día, don Rolando ya no se dedicó a la política.

Fue en esa época que mi padre, con una convicción de libertad y justicia, fundó el partido de izquierda en el pueblo, con el anhelo de llegar a ser presidente del municipio para hacer un cambio importante para los pobladores.

Llegamos retrasados casi 20 minutos a la hora acordada por la universidad, pues mi papá unas horas antes había tenido que ir a la Presidencia Municipal, al parecer una demanda en su contra se había levantado por un hombre llamado Alejandro Cortés, un trabajador y colega de don Emiliano. Luego lo retrasaron tanto en la notaría que salimos de la casa media hora más tarde de lo previsto.

En la universidad vimos a mis agresores de la secundaria junto a su padre, ellos lideraban la fila, mientras mi papá y yo tuvimos que emprender nuestra caminata hacia el final de ésta. Fue cuando una trabajadora de la escuela me pidió que le enseñara mi tira de calificaciones: 9.7. Me tomó del brazo y me llevó hasta al principio de la fila: “Se van a ir formando por promedios, del mayor al menor”. Esto no le gustó al señor Emiliano y a sus hijos, quienes se fueron hasta el lugar más lejano de la entrada.

Al salir de la entrevista, y ya con un futuro seguro en mi educación, fui con dirección al auto, donde mi padre me esperaba con una sonrisa tan grande como su orgullo por mí. Tan pronto me acerqué a darle un abrazo, una ráfaga de proyectiles provenientes de un auto en movimiento cayó sobre nosotros. Mi papá me empujó y se lanzó frente a mí. Una bala que iría directo a mi corazón fue frenada por el cuerpo de mi padre, quien inmediatamente cayó al suelo. Ese día vi a mi padre morir en mis brazos. Sostenía su mano, y en sus ojos que reflejaban tanta inocencia pude ver un sentimiento de amor y despedida. Cada día una lágrima recorre mis pensamientos en busca de consuelo, en memoria de ese hombre tan maravilloso que fue mi padre.

El abrazo de mi hermano Roberto al encontrarme es el más largo que he recibido en mi vida.

Lo acompaño a buscar a su amiga Carolina, una transportista de ganado que lleva todo un camión lleno de vacas desde Santa Mónica hasta el norte del país. Nos saluda muy afectuosamente.

—Salimos en una hora, mientras siéntense. Saldremos lo más rápido que podamos... Y pensar que a esta hora podrías estar todavía celebrando tu victoria, Roberto —dice.

Decidí estudiar Ciencias Políticas para honrar el último sueño que mi padre tuvo.

A la mitad de mi carrera se celebraron las elecciones. La decisión por excelencia del partido en el poder era la reelección del hombre que había arruinado a mi familia desde hacía años: Emiliano Justo.

Después de la muerte del jefe de mi familia, la desgracia cayó cada vez más sobre nosotros. Todo parecía estar orquestado por un mismo hombre. Los problemas aparecieron, nuevos impuestos, una inexplicable plaga en la cosecha, una deuda en el banco por un préstamo que nunca pedimos, una batalla jurídica por los terrenos de la familia y hasta por nuestra misma casa. En ese punto, lo que nos quedaba era la única propiedad donde había crecido mi infancia entera, ya ni siquiera el terreno de detrás de la casa era nuestro.

Roberto, con gran ingenio, pudo contactar al señor Rolando, y durante varias reuniones privadas lograron consolidar el partido que mi padre inició. El único problema era que no había a quién postular. Con miedo, pero también con gran valentía, mi hermano se ofreció, y la casa se volvió el centro de operaciones. Como Roberto no podía controlarlo todo, yo tuve que ser su mano derecha por mis estudios en la materia.

Durante un mes nos enfocamos en convencer, proponer y ganar adeptos, pensábamos que lo estábamos logrando. Cada hogar que conocíamos nos prometía su voto, se veía una victoria segura para nosotros y una derrota para el señor que había arruinado a mi familia. El sueño de mi padre parecía volverse realidad.

El día de las elecciones se acercaba, si todo iba de acuerdo con nuestra estimación, se alcanzaría una victoria contundente de más de 70%. En una semana mi hermano sería el nuevo presidente del pueblo. Esto no le pareció al señor Emiliano, quien una vez más no hizo honor a su apellido.

Las elecciones serían hasta el 17 de junio, pero lo peor que nos pudo pasar sucedió en la noche del 11 de ese mes. Una llamada telefónica llegó a la casa, mi madre contestó. Inmediatamente sus ojos se llenaron de lágrimas, algo había pasado. Entre dientes mi mamá nos dijo que Rolando estaba desaparecido, que su hija vio cuando una camioneta se lo llevó. Ya se alistaba mi hermano para salir e intentar hacer hasta lo imposible para encontrar a nuestro amigo, pero una nueva llamada llegó:

—¡Bájate de la contienda, Roberto!, no quieras jugar a ser político o terminarás como tu socio Rolando.

Ir debajo de una tabla oliendo peor que los animales que van arriba de nosotros es una forma horrible de salir huyendo de tu casa, de tu hogar, de tu país. Es la única vez que he visto una lágrima de dolor recorrer la cara de mi hermano Roberto. Él ha luchado hasta final... Y sé que lo seguirá haciendo, como lo hizo esa noche.

Roberto colgó el teléfono, todos en la casa habíamos escuchado la amenaza. Mi mamá corrió a abrazarnos y nos suplicó dejar la candidatura. En sus palabras de amor se notaba la preocupación y el miedo de que nos pasara algo, porque finalmente ya sabíamos de lo que don Emiliano era capaz. Aun así, Roberto sabía que seguiría luchando y que trataría de salvar a Rolando. Tomó su chamarra y se fue directo a la puerta, le dio un beso a mi madre y salió. Casi de inmediato regresó Roberto, cerró la casa, tomó a mi madre y se tiró al suelo mientras nos gritaba a todos los demás que hiciéramos lo mismo. Cientos de disparos cayeron sobre nosotros y atravesaron las paredes acabando con todo a su paso, hasta que el tiroteo cesó.

Mi hermano rápidamente se despidió de su familia, y con gran dolor nos dijo que se iría a Santa Mónica, que había que huir, que yo igual tomara mis cosas y me fuera

corriendo al pueblo en la madrugada. Dejó dinero a mi mamá, y con gran dolor se separó de ella.

A las 3:00 horas fue mi turno. Puse mis cosas en la mochila: una botella de agua, comida, algo de dinero que había ahorrado, un pantalón, tres camisas, una gorra, un lápiz de dibujo, mi libreta de Historia Universal y el libro que Roberto me regaló –*Guerra y paz*–. Finalmente, me llevé la bendición de mi madre, la de mis otros hermanos, y el recuerdo de mi padre.

Huir es lo que ningún humano debería pasar, ¿por qué alguien debe dejar su hogar?, ¿por qué alguien no puede ser libre?, ¿por qué uno es obligado a esto? Roberto y yo huimos ahora, esperando encontrar un hogar más allá de lo que conocemos. Somos desplazados por la violencia, por una violencia política, una violencia de ambición y de maldad. Esto no debería pasar, el mundo se merece algo mejor, se merece justicia y libertad. Sólo nos queda trabajar por ello, por hacer del planeta un hogar para todos. ®

Análisis de los trabajos presentados en Todos los sueños cuentan, 12° Concurso sobre personas refugiadas 2020

En Todos los sueños cuentan, 12° Concurso sobre personas refugiadas participó un total de 122 niñas, niños y adolescentes de 24 entidades federativas, la mayoría de nacionalidad mexicana, pero también respondieron a la convocatoria niñas, niños y adolescentes que viven en México pero que son originarios de otros países como Honduras, Colombia, El Salvador, Haití, Cuba, Venezuela, Estados Unidos y Portugal.

Temáticas abordadas en los trabajos presentados

Los temas centrales que las niñas, los niños y las y los adolescentes abordan son acerca de la garantía de derechos, la salud, las relaciones sociales, la protección especial, las violencias y las condiciones de contexto. Definitivamente la mayoría demostró un claro entendimiento de las circunstancias que viven y que han tenido que vivir las personas refugiadas, ya sea por la situación de movilidad al verse obligadas a dejar sus hogares, sus familias, sus comunidades y sus países, o por escapar de la violencia, la persecución y la falta de opciones para la garantía de sus derechos.

Condiciones de contexto

En sus trabajos, las niñas, los niños y las y los adolescentes participantes reconocen las duras condiciones que enfrentan las personas refugiadas, tales como: la pobreza, el desempleo, la discriminación, las violencias sociales, la persecución y la falta de capacidades institucionales en sus lugares de origen, entre otros factores, que muchas veces son ineludibles e inciden en que tengan que dejarlo todo y cruzar las fronteras de sus países para salvaguardar sus vidas y las de sus familias.

Empatía con las personas refugiadas y emociones representadas

Llama mucho la atención la empatía que muestra la mayor parte de los trabajos presentados hacia las personas refugiadas, así como la percepción que tienen niñas, niños y adolescentes sobre la alegría, la tristeza, el miedo, el enojo, la tranquilidad, la desolación, la soledad, la ansiedad, el estrés y la nostalgia. Esto demuestra que niñas, niños y adolescentes entienden a nivel emocional lo que viven las personas refugiadas y se ponen en sus zapatos, son capaces de reconocer esos sentimientos que envuelven a quienes lo han dejado todo y han puesto en riesgo su vida para solicitar asilo en otro país.

Garantía de derechos de las personas refugiadas

En cuanto al reconocimiento de los derechos de las personas refugiadas, es también muy importante ver que dentro de los trabajos presentados se manifiesta que las niñas, los niños y las y los adolescentes reconocen muchos de estos derechos fundamentales: al asilo, a la salud, a la reunificación familiar, a la protección, a una vida libre de violencia, a la no discriminación, así como el rol de las autoridades para garantizar estos derechos.

Derecho a la salud

En cuanto al derecho a la salud, los trabajos presentados se enfocaron en la importancia de asegurar medidas de prevención, la atención médica y sobre todo al cuidado de la salud emocional de las personas refugiadas.

Relaciones sociales y no discriminación

Con respecto a las relaciones sociales, varios de los trabajos expresan la importancia del papel que tienen las familias, las amistades, las personas que viven cerca de ellas y ellos, así como las compañeras y los compañeros en las escuelas, para integrar a las

personas refugiadas, y cómo este apoyo es fundamental para hacer frente a la discriminación y la xenofobia.

Protección especial

En notable que varios de los trabajos presentados abordaran la importancia de asegurar medidas de protección especial para las personas refugiadas, como la asistencia consular y la intervención de la seguridad pública, así como el rol de las instituciones gubernamentales, aunado a la asesoría de los organismos internacionales. La inclusión de estos temas especializados indica que muchos de las y los participantes se informaron y buscaron profundizar en los derechos de las personas refugiadas y en cuál es la función de los gobiernos y de las instituciones para la protección y el cumplimiento de la garantía de sus derechos.

Derecho a una vida libre de violencia

Es igualmente relevante el abordaje de las y los participantes sobre las violencias y la manera en que éstas afectan las vidas de las personas refugiadas, siendo el detonador muchas veces de la decisión de tener que dejar sus lugares de origen para escapar del crimen organizado, de la persecución y de muchos otros tipos de violencia que ponen en riesgo sus vidas. Se plantearon, por ejemplo, discusiones, agresión verbal,

castigo corporal, violencia social y de grupos del crimen organizado, entre otras violencias que si no se resuelven en sus lugares de origen, tránsito y destino seguirán afectando y poniendo en riesgo a millones de vidas.

Recomendaciones y mensajes de las niñas, los niños y las y los adolescentes participantes

“Los refugiados tienen los mismos derechos que nosotros, hagámosles sentir como en casa, seguros y felices.”

“Dar alimentos y ropa a las personas que llegan como refugiadas y que han atravesado muchas dificultades en el camino.”

“Ayudar con el idioma, dar atención médica, proporcionar recursos para el juego y la sobrevivencia.”

“Lo que podría hacer para ayudar a esas personas sería juntar a un grupo de personas interesadas en el tema, que estén dispuestas a regalar unos momentos de su día para conocer la historia de esas personas que han pasado por eso, para conocer su cultura, su gastronomía, sus habilidades como persona, saber cuáles eran sus antiguos trabajos, quiénes eran esas personas allá, antes de que pasara por esto.”

“Ayudaría el poder encontrar trabajo para que esa persona pudiera superarse. Le compartiría mi cultura, nuestra historia. Le mostraría la gran gastronomía de nuestro país. Incluso ayudaría a que esa persona se sienta segura, a que tuviera el conocimiento sobre los distintos trabajos que hay.”


“Y si las personas no se juntaran o no fueran por el hecho de sentirse incómodas o inseguras, podría hacerse un canal o un grupo digital para que cualquier duda que tengan o la necesidad de saber algo relacionado sobre nuestra sociedad, con gusto se podrán atender a esas personas. Alguna información que requieran o algún aspecto de la vida cotidiana, se estarían respondiendo sus dudas; eso sí, claro que se tendría un horario establecido.”

“Al poco tiempo las cosas cambiaron, nos llevaron a todos a una institución para declarar lo sucedido y nos comentaron que nos llevarían a otro país, que nos convertiríamos en *refugiados*, aquellas personas que, como bien dice su nombre, se refugian dentro de otro país a causa de las guerras o alguna otra situación que pone en riesgo su vida.”

“Hay que darles la bienvenida a su nuevo país sin miedo.”

Conclusión:

Los trabajos presentados muestran la importancia de promover este tipo de ejercicios de participación entre niñas, niños y adolescentes, en donde la empatía, la solidaridad y el reconocimiento de los derechos de las personas refugiadas permite generar nuevos espacios para conocer la mirada y las distintas perspectivas que, desde la infancia y la adolescencia, pueden contribuir a movilizarlos hacia una sociedad incluyente y con pleno respeto a los derechos de las personas que han tenido que dejar su lugar de origen.

En la medida en que más niñas, niños y adolescentes, pero también personas adultas en México comprendan y sean empáticas con las personas refugiadas y sus circunstancias de vida, estaremos más cerca de ser una sociedad igualitaria, solidaria y en la que se garanticen los derechos humanos a todas las personas. El concurso Todos los sueños cuentan abre este camino a manera de ejemplo y demuestra cómo la infancia y la adolescencia pueden ser grandes agentes de cambio hacia un país libre de xenofobia y discriminación. 

Todos los sueños cuentan,
12° Concurso sobre personas refugiadas 2020
se terminó de editar en noviembre de 2020.
Para su composición se utilizaron los tipos Bronova y Tobi.

Comprometida con la ecología y el cuidado del planeta, la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México edita este material en versión electrónica para reducir el consumo de recursos naturales, la generación de residuos y los problemas de contaminación.



 @CDHCMX

 /CDHCMX

 /CDHDF1